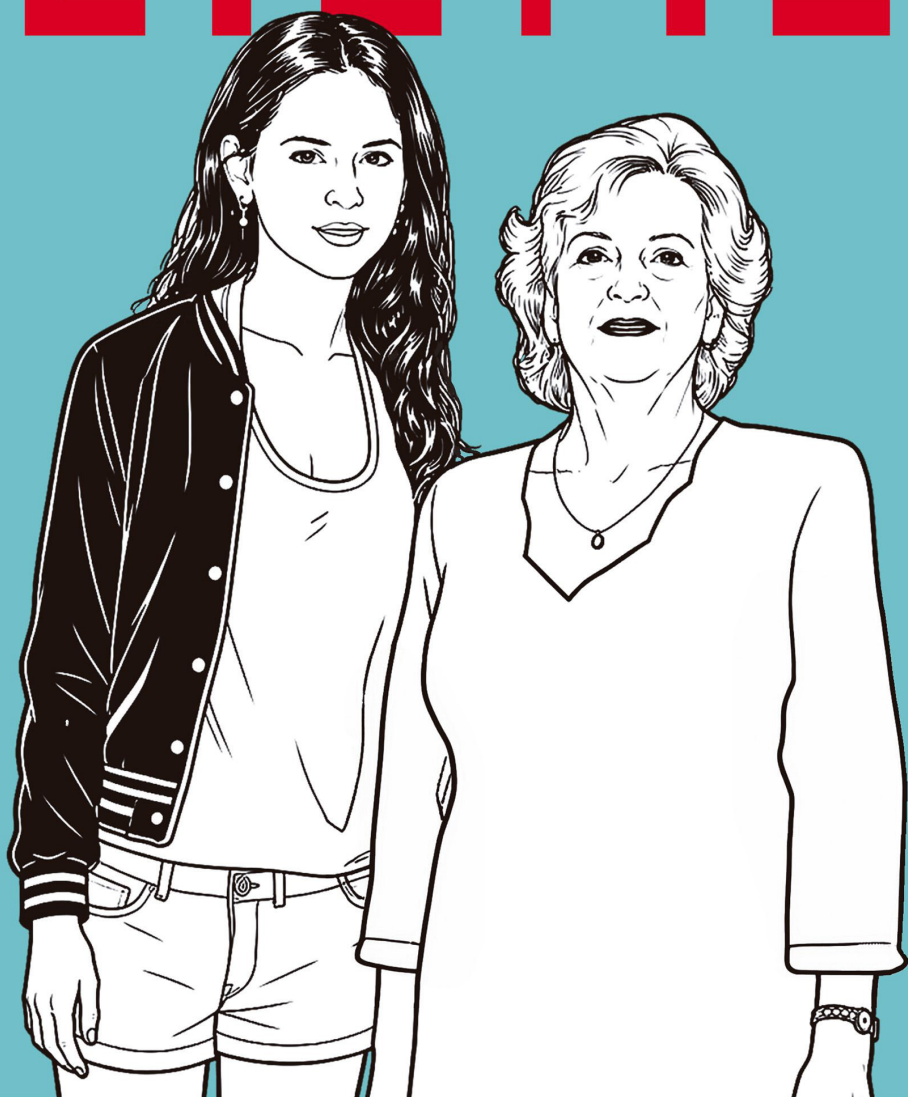


JULIETA CAYETINA • DENNIS SMITH

EYE Y YO



UNA ABUELA QUE SOBREVIVIÓ AL HOLOCAUSTO,
UN NÚMERO TATUADO QUE NADIE RECUERDA
Y UNA NIETA DECIDIDA A RESCATAR LA HISTORIA

JULIETA CAYETINA - DENNIS SMITH

EYE Y YO

Una abuela que sobrevivió al
Holocausto, un número tatuado
que nadie recuerda y una nieta
decidida a rescatar la historia

Punto cero

Casi nunca duermo siesta. Mi energía suele avanzar como el galope de los caballos: firme, decidida, hacia adelante. Pero esta tarde, algo se apaga. El cansancio no es solo físico. No quiero indagar mucho, debe ser el cambio de estación. El frío todavía no se instala, pero merodea, traicionero, en los bordes del día. Los que crecimos con abuelas sabemos lo que significa dormir abrigados: es mejor pasar calor que ser atacado por un chiflete inesperado. Es mayo, media tarde, y me voy a acostar con un saquito marrón puesto. No cualquiera: *el* saquito que me compré en oferta en la feria de San Telmo paseando con vos, Baba, en nuestra última visita al mercado de pulgas. Es mi abrigo preferido para dormir, no te hace pasar calor ni frío. Demasiado gastado para una noche de locura pero con un toque de vieja rockera que todavía pide no ser descartado. Le falta el botón del medio, pero no me importa porque lo uso desabrochado.

Lucas no se enojó porque falté al cumpleaños de su abuelo, un alivio no haber tenido que pasar por otra discu-

sión en la que nos recriminamos cada cosa que hicimos por el otro sin querer hacerla, los esfuerzos teutónicos a los que nos sometimos por amor. Lucas es muy formalito, cosa que al principio me encantaba y ahora me desquicia. Hace poco íbamos en el auto, no me acuerdo a dónde, y me contestó mal, por primera vez, y yo ahí, de la nada, le lancé: “Quizá nos tenemos que separar”. Fue un poco desmedido, como el corolario de una conversación que vengo teniendo sola, en mi cabeza, y cuya conclusión salió sin que él comprendiera muy bien de dónde.

Antes de la siesta, repaso mentalmente las cuentas que me faltan pagar, me maldigo porque rompí la dieta con una torta de merengue espantosa y finalmente pongo la mente en blanco: a dormir. Al principio me cuesta, es jueves y me queda solo el viernes para estudiar, porque el sábado y el domingo trabajo todo el día en el bar. Soy moza, el tiempo no alcanza. La plata tampoco. Apago la tele, tomo mi sopa de calabaza baja en sodio agazapada bajo las frazadas y, al sorber la última cucharada, caigo dormida.

Me despierta el teléfono. Hay una fracción de segundo en la que no sé si estoy soñando o despertando. Cuando reconozco que el sonido es real, me paralizó. Casi nadie tiene el número de casa y cuando lo usan es porque lo que hay que decir es importante. La campanilla del aparato, al que casi no le conozco el sonido, me saca de la rumiación. Corro a atender.

—Hija, se fue la Baba.

Es la voz de mi papá, tomada por la angustia. Eye, mi Baba, su madre, la última persona viva de su familia. Mi abuelo Szmul murió cuando él era muy chico y hace no mucho Cuky, su hermano mayor. Desde este momento, mi papá es huérfano. Eso es lo que le escucho en la voz.

Sin pensar, me levanto y salgo a la calle a buscar un taxi para ir a La Casa Azul, donde viviste los últimos meses. Le pido al taxista si me convida un cigarrillo. Tengo el estómago casi vacío porque solo tomé la sopa, pero aguanto estar casi en ayunas y meterle mierda a la vez. Se me caen las lágrimas, me las seco. No quiero que un desconocido me pregunte qué me pasa. No hay manera de explicarle lo que siento en ocho minutos de viaje juntos. El tipo me habla sin parar del partido de ayer entre River y San Lorenzo. Me acomodo en el asiento y miro por la ventana: se murió mi Baba, cómo me podés estar hablando de fútbol. Quiero que se pare el mundo. Que alguien haga algo con esta piedra que estoy sintiendo en el pecho, que se agranda con los segundos y no me deja respirar. No quiero que la angustia me tome. Respiro. Respiro mucho. Trato de recapitular, de recordar las etapas que pasamos desde que te enfermaste hasta hoy, el día que te moriste. Dos años de recorrido.

* * *

En la cocina de mi casa, tomo mate con mis compañeras de la Facultad de Medicina. Vamos a quedarnos despiertas

durante la noche para estudiar, abastecidas de muchos productos para no caer. Serán las ocho, pero ya nos bajamos dos cafeteras y varias latas de Coca-Cola. Mañana hay examen de bioquímica, materia que no me entra en la cabeza. Mi mamá nos compró un chocolate enorme, con extra todo, para que tengamos azúcar en sangre largo rato.

Todavía no pasó ni una hora y ya nos quedamos sin artillería de glucosa, lamentablemente, justo cuando repasamos la beta oxidación de ácidos grasos del ciclo de Krebs. El pico de tensión es máximo cuando suena el teléfono. Le pido a Ceci —mi mejor amiga desde que tenemos dos años, con quien compartimos absolutamente todos los momentos fundamentales de la vida— que atienda. La veo poner caras, no entiende ni una palabra de lo que le dicen. De a poco se transforma.

—Marian, preguntan por vos, están gritando.

Atiendo, es Laura, tu *cuidadora tácita* desde hace años. Llegó para cocinar y limpiar tres veces por semana y ahora vive con vos. Grita.

—Mariana, Mariana. Tu abuela se descompensó. No sé qué le pasa, vení por favor.

Y cuelga.

Salgo corriendo hacia tu casa, vivo a cinco cuadras. Me llevan la cafeína y el azúcar que consumí. Y así y todo me cuesta mucho avanzar: la angustia, el miedo y los químicos, en vez de propulsarme hacia adelante, me tiran para atrás. ¿Te descompensaste? ¿Te desmayaste? Seguro te caíste. En

la ducha. Es eso. Me tranquilizo. Estoy a una cuadra y me choco con tu mundo cotidiano. Estela, tu peluquera, fuma un cigarrillo finito en la puerta de su local, decorado con afiches de L'Oréal descoloridos de un estilismo muy diverso en tiempo y estética. Con la boca pintada de rojo furioso, al verme pasar me guiña un ojo, saludo que respondo de la misma forma. El aire me falta pero soy capaz de guiñar un ojo y correr al mismo tiempo. Iván, el verdulero, corta una manzana verde en rodajas y se la da a su hijo. Me pregunta extrañado si estoy bien, sin entender mi apuro ni mi corrida estrafalaria, y yo, a los gritos, jadeando y casi sin aire, solo alcanzo a decirle que después le explico.

En la puerta de tu edificio está María, la nueva portera. Esperando. A mí, a la ambulancia. Apenas me ve quiere tranquilizarme, pero no me gusta nada su mirada de compasión, de tener más información que yo. *Bueno, Mariana, preparate*, pienso. El corazón me está por explotar de la ansiedad, la angustia, el café, la Coca-Cola, el chocolate extra largo y esas cinco cuerdas eternas. Llego a tu puerta, que está abierta. Escucho gritos, voces nerviosas que no logro identificar. Laura está desencajada, te agarra la mano, llorando. Hace años que te acompaña y se volvió tu confidente, tu amiga íntima.

Lo primero que hago es abrazarte. No sé si es lo que hay que hacer, pero es lo que me sale: tenés los ojos tan llenos de miedo que necesito que sepas que estoy, que sea lo que sea que está pasando adentro de tu cuerpo, estoy acá. *Te tengo, Baba*. Me mirás aterrada. Tenés puesto el camisón blanco

con flores violetas, el salto de cama lila y rúleros: “El pelo se lava solo dos veces por semana en la peluquería de Estela. Para que no se engrase —me solés educar—. Y siempre un chorro de agua fría antes de cerrar la canilla”.

La ambulancia tarda unos minutos en llegar. Suben con una camilla, te hacen unos controles, supongo de rutina, nos preguntan cosas rápido, tratamos de explicar, pero no sabemos muy bien qué decir. Te están por llevar cuando llega papá. Veo cómo se miran. No hay tiempo. Papá te agarrá la mano, confundido, te habla haciéndose el chistoso: “Viejita, vamos a hacerte un chequeo y cuando volvemos quiero torta de keis kijn, ¿eh? Nada de andar tardando mucho”. Pero la realidad es que nadie sabe lo que va a pasar.

Me subo a la ambulancia con vos. Papá nos sigue en el auto. No me soltás la mano en ningún momento. O tal vez yo no te la suelto a vos. Hay dos médicos que te tocan, hablan entre ellos con términos que se ve que todavía no me enseñaron en la facultad o los pasé por alto, porque no entiendo nada. Trato de descifrar qué hay detrás de sus palabras, dilucidar la gravedad de la situación. No decodifico, pero la urgencia es palpable. La doctora, una chica algunos años más grande que yo, nota mi angustia y me dice:

—Lo que tu abuelita tiene es un accidente cerebrovascular. Estamos tratando de estabilizarla...

Espero que termine la frase con un *no te preocupes que es una pavada*, pero la cierra mirándome como se mira a alguien a quien hay que consolar. Cada vez estamos más

cerca del sanatorio. El viaje dura unos minutos, pero se hace eterno. No me doy cuenta de que está prendida la sirena hasta que se apaga. Me querés decir algo. Con todas tus fuerzas. Contengo las lágrimas porque te veo sufrir, y si lloro, te vas a asustar más de lo que ya estás. Así que me aguanto y te digo que yo también voy a querer un pedazo de torta de keis kijn cuando volvamos.

Bajamos de la ambulancia, despliegan las ruedas de la camilla y te entran por un costado, por un pasillo largo. Las paredes blancas, llenas de cuadritos con pinturas de artistas españoles: Velázquez, Dalí, Picasso. *La combinación es dolorosa a la vista*, pienso. *Las meninas* arrumbada junto a *La persistencia de la memoria*, que es apenas sostenida por *Las señoritas de Avignon*... Este lugar está manejado por una persona sin criterio. Pasás unas puertitas vaivén y me dicen “hasta acá”. Te miro a los ojos y te digo “Baba, estoy acá, te amo, está todo bien”, y ahí sí, cuando no me ves más, me pongo a llorar.

Papá se queda haciendo trámites de ingreso, cosa que lo abruma. Llega mi hermano Emiliano, Denise no está y Uriel es demasiado chico para venir. Detrás, casi en fila, van llegando mis primos y tus nueras. Pero no nos dejan pasar, así que nos vamos al barcito del sanatorio. Emiliano entra y pregunta si existe algo más deprimente que “bar de hospital”. Lo dice de una forma que nos hace reír. Es su manera de ayudar. Pedimos sándwiches y gaseosas con hielo. Somos adictos al hielo. Vos, la primera. “Será algo de los polacos”, sugiere papá. Las ganas de sentir frío, extrañarlo, sospecho.

Por alguna razón que desconozco, este olor de hospital, mezcla de agrio y amargo, me gusta. Me recuerda un tiempo en el que —cuando no estaba segura de si estudiar o no medicina, si era mi vocación, si tenía estómago para lidiar con tanto dolor ajeno— me cruzaba al hospital ubicado frente a la facultad. Cada viernes después de cursar, pasaba horas viendo a la gente entrar y salir. No podía dejar de hacerlo, necesitaba verlos en su máxima vulnerabilidad. Era un impulso corporal, ponerme a prueba para saber si ese era mi destino y si era capaz de entregarme por completo a semejante profesión.

Aparece Lucas. Aunque llevamos desde el secundario juntos, no está muy integrado a mi familia. Siempre dice la frase correcta, pone la cara correcta, pero no termina de conectar, pareciera que nunca deja entrar a nadie. Emiliano le tira un chiste de fútbol que Lucas no agarra, pero se ríe de compromiso y Emiliano sigue hablando y hace la espera un poco más mundana, más acá. No registro casi nada de lo que está pasando o dejando de pasar con Lucas, pero una parte de mí se siente en equilibrio por tenerlo cerca.

* * *

Cuando vuelvo a verte, pasaron veinticuatro horas. Nos dan horarios de visita bastante restringidos, y como somos tantos, nos turnamos. Para mi primer ingreso, te compro, en un local de la avenida Corrientes, rúleros nuevos, cre-

ma Pond's rosa para las manos y unas pantuflas verdes que parecen abrigadas. No te dejan caminar todavía, así que quedan estacionadas en el mismo lugar donde las deposito. No sé si soy ingenua o demasiado optimista. Creía que lo de ayer era algo pasajero. Que se iba a solucionar. Pasaron veinticuatro horas y ya sos otra.

Ni bien entro, se presenta tu enfermera, Nilda. Es muy bajita, tiene ojos marrones, almendrados. Son como imanes. En el instante en que nos cruzamos, no puedo dejar de mirarla. Tiene el pelo lacio y brillante, y lo lleva atado con una dedicación notable. Es muy prolija, como vos. “Qué bueno que trajiste esa crema, yo la uso mucho para hacerle masajes a los pacientes. Porque ellos sienten todo, ¿sabés?”, me dice.

Los días pasan y, cada vez que la veo, busco la excusa para hablarle de vos. Mi inconsciente le suplica que te mire con otros ojos, que te cuide un poco más cuando nosotros no estamos ahí. Le cuento lo coqueta que sos, la pasión con la que cocinás para los demás. Le prometo —en tu nombre— que cuando te den el alta le vas a hacer una torta de queso y los varenikes más mantecosos que haya probado en su vida.

Cada día le llevo alguna pavada del kiosco. Es una forma de agradecer, de querer. Estoy segura de que eso me hubieras pedido que hiciera. Te encanta agasajar a la gente con comida. No solo a tu familia: a cualquiera que se te cruce en el camino.



Después de algunos días, te dan el alta. Yo prácticamente me instalo en tu casa. Ahora hay que instaurar toda una nueva rutina de vida:

Kinesiología a domicilio: dos veces por día.

Medicación: cada cuatro horas, mil pastillas.

Baño: una vez, por la mañana; lavado de cabeza semanal.

Comidas: cuatro al día, algunas viandas, otras cocinadas en casa.

Te cuesta mucho hablar, hacés ruidos, babeás al tomar líquido. Se nos ocurre contratar a Nilda para que te cuide los fines de semana, te trata con mucho amor: te masajea las piernas, te lee el diario, y mientras yo le muestro fotos de tu vida anterior a esto. Tu casa está llena de retratos: fotos de cuando llegaste al país, de papá y el tío de chiquitos, los nacimientos de los nietos. También de tu vida por el mundo: los veranos en Piriápolis, tu departamento en las afueras de Tel Aviv o el que compartían en Berlín con *el Uncle*, tu segundo marido, que era también tu ex concuñado, así de raro, le explico a Nilda. Cuando mi Baba enviudó, se casó con el Uncle, su concuñado, una decisión bastante convencional para la época. Él también había quedado viudo —de la hermana de mi abuelo Szmul—, así que ese matrimonio fue, en el fondo, una manera de recomponer lo que la pérdida había desarmado.

Mi papá y mi tío lo llamaban “el Uncle”, que en inglés significa “el tío”, porque así lo llamaron siempre: pasó media

vida siendo su tío y la otra media, su padrastro. Nilda se ríe. “Qué costumbres”, me dice. En el repaso de las fotos, a lo largo de los días llego a la más importante. Le preparo el terreno, le cuento que se trata de una foto única, distinta. Agarro el portarretratos con mucho cuidado y lo apoyo en una mesita alta, para que lo vea bien. Es enorme la foto, en blanco y negro. Suele estar en el comedor, como centro de mesa. Le digo a Nilda: “Esta es la familia de mi Baba en Polonia, antes de la guerra”. Le explico y le señalo: vos en una punta, tu familia entera distribuida en dos filas y en la otra punta tu hermana melliza. Nilda se sorprende por la cantidad, me pregunta si están vivos. “Solo uno”, le contesto. A la foto la ubicaste en un lugar imposible de ignorar. Es más que una foto puesta de centro de mesa, es el centro de tu vida.

Nilda se sorprende de que yo sepa tanto de cada foto. En realidad es trampa: tienen escritas, atrás y con una letra muy infantil, descripciones detalladas de quienes modelaban, qué hacían por esas fechas y dónde estaban. Esas anotaciones, leídas una y otra vez a lo largo de las próximas semanas, me van revelando cosas que no conocía de la historia de mi familia.

Tu situación no empeora, tampoco parece mejorar. Entendés todo. Estás en todo. Ayer te acerqué el té de la merienda y como no había nada dietético para endulzar te puse azúcar, pensando que no ibas a notarlo. Todo lo contrario: empezaste a balbucear con un tono muy agudo,

quejándote, así que salí corriendo a buscar edulcorante y puse a hervir la pava para empezar de nuevo.

Denise, mi hermana menor, viene a visitarte unos días después del episodio. Cuando tuviste el ACV, estaba de viaje como mochilera por pueblitos del norte del país. Una vez que se enteró, dejó las carpas, los pozos de baño y se vino en micro. Viajó casi veinticuatro horas para llegar a verte, sin saber si seguías viva. Llega y Nilda cae en la cuenta de que es tu vivo reflejo. Mi hermana sonríe, acostumbrada al show de las coincidencias entre ustedes dos.

Denise te compró una campanita en una parada del viaje eterno en micro. La encontró en un negocio de pueblo: dorada, mínima, gastada. Parece salida de una feria de pulgas, como muchos objetos de tu casa.

—La hacés sonar cuando necesitás algo, ¿sí, Baba? Nilda, porfa, que la tenga siempre cerca —le pide Denise.

Te quejás con uno de tus gemidos agudos. Al principio no te gusta la idea. Te das vuelta en la cama y te hacés la dormida. Pero con los días le empezás a tomar cariño.

Tus amigas llaman por teléfono cada día, religiosamente. Quieren estar cerca, saber de vos. Pero vos no querés ver a nadie, debe ser difícil aceptar esta nueva forma de vida, después de tantos años de andar de punta en blanco, corriendo de un lado al otro, moviéndote sola por el mundo.

Mis amigas me acompañan en tu casa; a veces estudiamos acá. Te cantamos canciones en un ídish improvisado, y hasta nos animamos a bailar algún Rikudim bastante des-

lucido. Sonreís, por compromiso. De algún modo nos habituamos a esta rutina, como si el tiempo fuera a quedarse así por siempre. Como si no empeorar fuera, en sí mismo, una forma de mejora.

Pero no.

Pasa el invierno, llega la primavera... y con el verano, las cosas vuelven a cambiar.

* * *

Estoy cursando. Me vibra el teléfono. Lo espío: tengo veinte llamadas perdidas. Se me para el corazón. Salgo al pasillo para responder lo más rápido que puedo, me choco con los pupitres de mis compañeros. Mis dedos marcan, temblorosos. Nilda atiende agitada. Me avisa que te están internando, que te levantaste rara. Me falta el aire. Vuelvo al aula, agarro mis cosas y me voy sin poder decir palabra. Ya estoy llorando. Me miran, pero me da lo mismo. Llego lo más rápido que puedo a tu casa, pero ya no estás, te acaban de llevar.

Tuviste un segundo ACV. Otra vez los pasillos largos, las horas en terapia intensiva, encerrados en habitaciones compartidas, viendo entrar y salir familiares ajenos. Pasan los días y cuando te estabilizás, los médicos recomiendan que vuelvas a tu casa: estás débil, sos de riesgo y no quieren que te agarres un virus intrahospitalario.

Tu cuerpo cede drásticamente esta vez, tus ojos se apagan y tu voz también. En tu casa ya no suena la campani-

ta, ni te enojás por el azúcar en el té. Nilda te lava el pelo acostada, cada tanto te pone los ruleros. De vez en cuando te despertás, segundos, y es un milagro poder ver tus ojos azules y profundos que lucharon tanto por vivir.

De a poquito se empiezan a cerrar.

No pasa mucho tiempo antes de que llegue el tercer ACV. Los médicos nos recomiendan que te ingresemos en una residencia para adultos así tenés personal que te cuide día y noche. A papá le comentan de un lugar en el barrio de Belgrano que se llama La Casa Azul. Es una casona reciclada, cubre toda una esquina y, por supuesto, está pintada de azul. La primera vez que voy, siento que algo bueno puede pasar acá. No puedo creer que sea así de azul. En mi cabeza aparece de inmediato la casa de Frida Kahlo, pintora que las dos admiramos, de la que hablamos muchísimas veces y cuya casa siempre soñamos conocer. Una señal. Pequeña, tal vez insignificante, pero de esas que me gustan. La necesidad de aferrarse a algo. Por más chiquito que sea.

* * *

Las bocinas me traen de nuevo al taxista y su crisis futbolera. Me suena el celular, es Ceci, respondiendo a mis llamadas perdidas. Le cuento. Me consuela, evita los lugares comunes. Apenas me avisó papá lo que te había pasado, me puse a llamar compulsivamente a todos mis contactos.

Y cuando digo *todos*, me refiero a cada número que tengo agendado en el celular. No lo pensé, fue lo único que me salió hacer, querer llenar el momento de gente, de ruido. Eso. Ruido. Para dejar de pensar, de sentir. Para estar ocupada. Que vengan todos.

—Hola, soy Mariana. Te quería contar que falleció mi abuela. Todavía no sabemos dónde la vamos a velar. Te aviso. Gracias.

Estas veintiuna palabras repetidas una y otra vez desde que salgo de casa hasta que llego a verte. Tengo que avisar en el bar que no voy a poder ir a trabajar este fin de semana. ¿Apaña la ley tomarse el día por *muerte de abuela*? No importa. Es la primera vez que vivo algo así. La primera vez que alguien que amo se muere. No sé lo que hay que hacer. No sé cómo se transita este dolor. No puedo enterrarte y mañana sonreír a los clientes para ganar propinas. Aunque me gustaría ver a Pablo, el bachero. Lo único que hace sostenible ese trabajo son las propinas y verlo a él. Más que *me gustaría*, me haría bien. De todas formas, mientras esté de novia con Lucas no sé si quiero *estar* con otro. Pero coquetear, no me parece mal. La última vez que nos cruzamos, después de mirarnos sin parar la noche entera, el sábado pasado, con el salón explotado, me agarró de la cintura, mientras lavaba tazas en la bacha, y me dijo al oído palabras subidas de tono, que realmente no me las acuerdo, pero lo que sí recuerdo es que me encendieron. No sé por qué, pero eso me calienta. Inmediatamente atiné a franelearlo un

poco, y aunque quería seguirle el coqueteo, me aguanté. *Si lo toco, no sé dónde terminamos*. Mis amigas me dicen que es obvio, que le comparto la propina porque quiero que pase algo con él, si no me la debería quedar toda yo, que soy la única moza. “Los bacheros no tienen propina, Mariana”, insisten. Sí, lo quiero ver, pero no quiero ir a trabajar. Estoy de duelo. Ya mismo le aviso a mi jefe que no voy a ir, y seguro le comenta a Pablo y se aparece en la casa velatoria.

* * *

Tu velorio está repleto de gente y comida. Café, té, sándwiches y tortas. Hubiera creído que en un momento así el estómago se me cerraría, pero no. El mío siempre está abierto, de guardia.

De tus amigas solo viene Raquel. Sin embargo, vienen muchos hijos en representación del batallón de compañeras de burako, de sobrevivientes, de amigas de la vida. Llegan disculpándose por la ausencia de sus progenitoras. En el fondo yo sé perfecto que hacen lo mismo que hubiésemos hecho con vos: cuidarte. A nadie le gusta despedir a sus amigas, pero supongo que a esa edad se suma el verse reflejado peligrosamente en la situación. Pienso que quizá ni siquiera les contaron, para evitarles el dolor al menos por un rato.

Las condolencias giran y vuelven obstinadamente sobre los mismos temas: lo difícil que fue para vos este último año

aunque los médicos nos jurasen que no sentías nada, que no había dolor ni físico ni mental y algunos otros lugares comunes. Sonríó pero sé que es mentira, estoy segura de que te dolía, que estar así era insoportable. Casi un año en estado vegetativo, con pequeñas reacciones que aprendimos a decodificar como respuestas automáticas de tu cuerpo y no como avances.

La sala se atiborra de gente y flores. Amigos de papá que lo abrazan y besan, mientras llora y se distrae entre tanto bullicio. Por momentos se pierde en el contexto y mete chiste, chiste, chiste. Papá a todo le mete humor, pero la cantidad de bromas que hace es la medida exacta de la profundidad de su tristeza. Yo lo miro, nos encuentro parecidos en eso. Y en lo aleatorio de nuestras líneas de pensamiento. Un segundo pienso en eso y al siguiente le digo a mi hermana, de la nada:

—Denise, necesito que me cambies de ropa.

Me mira sin entender.

—Vamos al baño y me das tu camisa y el chaleco, y yo te doy este saco.

Ahora me mira haciéndome sentir ridícula. Su especialidad.

—Es que seguro viene Pablo, el bachero. No quiero que me vea zaparrastrosa.

—Siempre estás zaparrastrosa, no va a esperar que estés distinta el día del velorio de tu abuela.

—No te pongas antropológica, vamos...

Sin dejarla terminar la frase, la agarro del brazo y la llevo. Denise se viste muy pero muy bien. Y no le resulta un esfuerzo. No sé cómo hace. Entra a mi placar, revuelve tres segundos y se viste como nunca me podría vestir en la vida, por más que sea mi ropa. Para llegar a la mitad de lo que consigue ella, debería invertir el quíntuple del tiempo, pero por lo general me empiezan a agobiar las posibles combinaciones y termino con unas zapatillas viejas, un jean agujereado en la entrepierna y una remera lisa. *Bastante digno*, pienso yo. *Bastante básico*, según mi hermana. En el baño nos intercambiamos la ropa. Ahora me siento más tranquila, más preparada para cualquier cosa.

Poco a poco la adrenalina va bajando, la gente vuelve a sus casas, y convencemos a mi papá y a Emiliano (que por supuesto ronca, esté donde esté) de que vayan a descansar y vuelvan mañana, frescos. Nos quedamos con Denise, intentando dormir en el sillón de la sala velatoria. Nos da miedo dejarte sola, que sientas la soledad del espacio. Eso nos confesamos cuando la sala queda vacía y están por marcar las doce de la noche en el reloj. Es un momento raro, íntimo. La sala despejada, vos en tu cajón, nosotras acostadas en ese sillón duro y helado. Como si estuviéramos en uno de los campamentos que nos inventábamos en casa cuando éramos chicas y colgábamos sábanas en el living, y que con toda la convicción que solo la infancia habilita nos creíamos en una aventura en medio del bosque. Ahora no nos creemos en ningún otro lado más que

ahí, esperando, queriendo estar con vos hasta que ya no se pueda más.

De a ratos nos paramos y nos acercamos al cajón, es bastante fea la sensación de estar ahí. El silencio es casi absoluto, no hay movimiento, pero algo vibra demasiado rápido, demasiado alto en nuestras cabezas. Tratamos de hablar pava-das, cosas cotidianas de hermanas, y de la nada, nos largamos a llorar, pero seguimos hablando de cualquier cosa. Y nos calmamos. En un momento Denise dice que quiere salir un poco. No sabe a dónde, pero necesita salir de la habitación. Se va un ratito y te veo a lo lejos. Le doy un beso al cajón y te digo despacito “te amo”. Denise vuelve, llorando. Me contagio y lloro y me pregunta “por qué me copiás”, y le respondo “yo qué sé”; me pide que deje de llorar, y me dice que ni sé por qué está llorando. Le digo que por vos, y me dice que sí pero que no... que en la sala de al lado hay otro cajón con una señora muy mayor, y que le dio mucha pena, porque estaba solita. Así me dice: “Está muy solita”. Entonces le propongo que vayamos a visitarla, que nos turnemos. “Pero no muy cerca, me dan un poco de impresión los muertos ajenos”, le digo. Y empezamos a hacer eso, un rato cada una.

Me da pena cuando tengo que irme de tu lado, cuando me toca el turno de acompañar a esta desconocida solitaria, pero vos hubieras hecho lo mismo, estoy segura. Acompañar. Nos hubieras obligado. Cuando estoy al lado de la señora, la miro y no puedo evitar pensar: “Qué tristeza, se murió, y en su primera noche de muerta, ya está sola”.

A medida que avanza la noche, reviso las llamadas que hice, la gente a la que avisé. Para pasar el rato, o porque me es inevitable, reviso mentalmente quién vino y quién no. No sé por qué me agarra semejante desesperación por sentirme acompañada. Por lo general soy bastante desapegada. Quizá sea porque el espacio que ocupabas vos era tan grande que ahora el vacío va a ser imposible de llenar, y necesito que haya gente que se mueva a mi alrededor para no darme cuenta, al menos, por el momento.

—Menos mal que Lucas no se quedó.

Eso le digo a mi hermana mientras me apoyo en su panza. Tiene puesto mi saquito marrón. Si bien ahora la linyera es ella, también es la abrigada.

—No entiendo por qué no te separás.

La ignoro. Por supuesto.

—No vino.

—¿El bachero? Qué pesada. ¿Le escribiste?

—A él no. Pero supongo que se enteró, seguro mañana va al entierro...

—Lo dudo.

—Envidiosa.

—Sí, justo. Por lo que hay para envidiar.

Tiene razón. Voy a tener que revisar todo esto con mi psicóloga. Ni sufrir tranquila puedo. Finalmente, nos dormimos. Poco, pero dormimos.

* * *

Camino al cementerio me doy cuenta de que quiero ponerme de nuevo el saquito marrón. Necesito que me abrace. Yo creo que hay abrigos que abrazan, que dan amor. Si le pido a Denise que me cambie otra vez, me va a gruñir que deje de joderla. Así que me la aguanto, pero me da pena porque siento que tendría que tenerlo puesto, y que después de estos días solo me va a recordar a vos. Mientras tu cajón lo llevan los hombres de la familia, como dicta la tradición, Nilda y yo vamos agarradas del brazo sin decir palabra. El sonido de un teléfono se dispara un instante. Me resulta conocido. Miro para atrás, buscando la fuente del sonido que inmediatamente desaparece. *Quizá es Pablo*, pienso, *llegó tarde y se olvidó de apagarlo*. Pero no. Veo a Lucas acomodándose. Me hace un gesto pidiéndome perdón y yo lo miro con cara de odio. Últimamente aprovecho cualquier situación para mirarlo mal. Creo que si no fuese mi abuela la que estamos llevando, si fuera la suya, él también me miraría mal. Porque desde hace bastante tiempo que todo lo que nos une está mal.

El rabino no para de hablar, dice cosas sobre cómo te vamos a recordar y tu paso por esta tierra. O algo así, porque la verdad mucho no me puedo concentrar. Solo puedo hacer el intento de enfocar, pero no paro de escuchar palabras, ideas en mi cabeza: cuántas veces estuviste vos parada en este lugar, enterrando a tu marido, enterrando a tu hijo, en el mismo pozo que ahora te van a poner a vos. Cuántas veces tuviste que enfrentarte a esto, la muerte. Tantas veces

te aferraste a la vida. Y me duele tanto que no puedo entenderlo. Con vos se van las respuestas a las mil preguntas que no te hice. Quiero quedarme con algo tuyo, antes de que te vayas. Y de repente me pregunto por el número que te tatuaron en el brazo...

Tu tumba está en un lugar especial en La Tablada, el de los sobrevivientes de la Segunda Guerra Mundial. En general son tumbas negras o marrones. Pero la de ustedes es blanca, la elegiste vos. Llega el momento de despedirnos. El rabino pregunta quiénes quieren ayudar a tapar el pozo. Todos tus nietos levantamos la mano y nos ponemos en fila. Sin pensarlo, de mayor a menor. Cuando mi hermano me pasa la pala, agarro un poco de tierra, cierro los ojos y grito, me duele tanto el pecho que necesito gritar, por lo mucho que te voy a extrañar. Y esas son las últimas palabras que te digo. *Cuánto te voy a extrañar, Baba.*